

tradicion. Señores, si yo lo concediese, si yo concediese que nuestros Evangelios no han aparecido antes del año ciento cincuenta, que resultaría? Antes del año ciento cincuenta, la escritura existía fuera de la escuela cristiana; existía entre los judíos, entre los Griegos, entre los Romanos, sobre todo el teatro en que se discutía la cuestion del cristianismo; la historia estaba fundada por la publicidad é inmutabilidad de los monumentos. Antes del año ciento cincuenta, se predicaba á Jesucristo muerto y resucitado en todas las sinagogas que cubrían la superficie del mundo romano, y aun se estendia esta predicacion mas allá; se le anunciaba públicamente en el palacio de los Césares y en el pretorio de todos los procónsules. Antes del año ciento cincuenta, Tácito y Plinio el jóven testifican que era así. Esas predicaciones, esos testimonios, esas discusiones, esa lucha, esa sangre, todo eso era público, estaba escrito; no era una tradicion muerta, abandonada á los azares del tiempo y de la imaginacion durante mil años de indiferencia y de paz. Se daba en el mismo momento la palabra y la vida, y tres sociedades juntas, altamente interesadas en lo que pasaba, la sociedad cristiana, la sociedad judía y la sociedad romana, se encontraban sobre ese campo de batalla, cuyo límite tradicional circunscribis vosotros mismos á un poco mas de un siglo. Y qué! esos judíos á quienes se decia: Vosotros habeis matado á Jesucristo! esos príncipes y esos presidentes cuyas órdenes no se obedecian por ser opuestas á la doctrina de Jesucristo; qué! ninguno de ellos ha conocido que se trataba de un mythos en estado de formacion? No, todo el mundo estaba anegado en la sangre de los mártires, y por consiguiente todo el mundo estaba en la realidad; todo el mundo estaba en la discusion, y por consiguiente en la fuerza y en la gloria de la publicidad que es el fundamento de toda la historia. Poco importa pues la fecha de los Evangelios, porque la historia sostiene á los Evangelios. Si no han aparecido sino ciento veinte años despues de Jesucristo, vivian antes de nacer, vivian en la boca de los apóstoles, en la sangre de los

mártires, en el odio del mundo, en el pecho de millones de hombres que confesaban á Jesucristo muerto y resucitado. Que miseria, Señores, que debilidad! Comparar una religion cuyos principios son tan públicos y militantes, y cuya tradicion no habrá precedido á la escritura mas que ciento veinte años, con esos cultos sin historia sumergidos durante dos mil años en las aguas muertas de una tradicion que á nadie estaba confiada, y por la cual nadie ha dado jamas una gota de sangre.

Apenas tengo necesidad, Señores, de deciros, que aceptamos la fecha que se quiere asignar á la publicacion de los Evangelios. Los Evangelios son escrituras públicas, contienen hechos públicos, que entran en la trama pública de la historia; llevan el nombre de tres apóstoles y de un discípulo célebre que eran hombres públicos en una sociedad pública; es pues imposible que la narracion que ellos hacen, estando acompañada de tales circunstancias, sea contraria á la verdad; las leyes matemáticas de la publicidad no lo permiten. Los Evangelios son de los apóstoles; tienen el valor de su testimonio y la fecha de su vida, es decir la fecha de una vida contemporánea, y el valor de un testimonio contemporáneo. Estos por menores de autenticidad se ligan con la autenticidad general de los principios del cristianismo y no son separables de ella. Juzgad, repito, de la relacion que existe entre tales monumentos, y los mythos oscuros salidos del abismo sordo y sin luz de la remota antigüedad.

En vano, para hacer retroceder á Jesucristo mas allá del tiempo en que vivió, se apela á la idea del Mesias que habia preparado su venida. Primeramente, la idea del Mesias no era un mythos; ella pertenecia á un pueblo que poseia la escritura á un pueblo que escribia y cuyos hechos estaban escritos, y ella misma era parte de su escritura, era una idea fija y un hecho fijo. Pero aun cuando primitivamente la idea del Mesias hubiera sido un mythos, no puede ya conservar este carácter en su aplicacion á Jesucristo. Porque la aplicacion á Jesucristo era moderna; se hacia en una épo-

ca toda escriturística y pública, y por consiguiente, cualquier cosa que hubiera sido en lo pasado, el mythos desaparecía á la presencia luminosa de Jesucristo y de su siglo. La cuestion real ahogaba la cuestion quimérica.

Quedan, Señores, los signos mythicos que se pretende descubrir en la historia misma de Jesucristo. El primero de estos signos es lo maravilloso. Lo maravilloso, se dice, es el carácter mythico propiamente dicho; donde quiera que se deja ver, la historia desaparece; porque siendo imposible el milagro en sí mismo, toda narracion que lo contiene no puede ser historia evidentemente. Así, nos dice el doctor Strauss, yo echo por tierra todos vuestros dogmas con estas pocas palabras: El Evangelio es un tejido de milagros; el milagro es imposible: la historia pues del Evangelio es imposible tambien, y por consiguiente, esa historia no existe: no puede ser mas que un mythos.

Que el milagro sea imposible ó no, es una cuestion de metafísica que he tratado ya, y de la que no volveré á ocuparme. Pero á lo menos es una cuestion. Vosotros, racionalistas, no admitis la posibilidad de la accion soberana de Dios en este mundo, nosotros los cristianos la admitimos. Y bien, nosotros somos hombres como vosotros, inteligencias como vosotros; si vosotros sois numerosos, nosotros lo somos mucho mas; si vosotros sois sabios, nosotros lo somos al tanto. Y mientras que vosotros negais el milagro, nosotros lo pedimos á Dios todos los días, persuadidos de que así manifiesta su poder y su bondad hácia sus criaturas, aun en la actualidad. Nosotros vamos mas lejos: no concebimos la idea de Dios sin la idea de una soberanía que pueda manifestarse por la omnipotencia de su accion, de manera que para nosotros la negacion de la posibilidad del milagro es la negacion misma de la idea de Dios. Dios, segun nosotros, es maravilloso por su naturaleza, y si la historia cesa por el milagro, nosotros pensamos que Dios cesa negándole el poder de hacer milagros. Un abismo separa, lo veis, estas dos creen-

cias. Que se sigue de aquí? Se sigue que la posibilidad del milagro es una cuestion, y por consiguiente, que decidir de la realidad de la historia por la presencia ó la ausencia del milagro, es decidir una cuestion por otra cuestion, procedimiento contrario á las reglas de la lógica y del sentido comun. Qué! los monumentos son auténticos, se encadenan los unos con los otros en un orden visible y constante, se ligan á toda la série de la vida humana pública, son inespugnables, ciertos, consagrados, es locura tocar á ellos; mas el dedo de Dios se encuentra allí, ese dedo que ha criado el mundo, y esto basta, la historia ha desaparecido. Me dispensareis, Señores, aun suponiendo que el milagro sea problemático en sí mismo, de negar lo cierto á causa de lo incierto. Nosotros los cristianos admitimos lo incierto sobre la fé de lo cierto: cada uno tiene su lógica.

Se insiste haciendo notar que lo maravilloso es el único carácter que distingue la fábula de la historia. Esto no es cierto, Señores; la línea de demarcacion entre la historia y la fábula está en otra parte; está en la diferencia que hay entre cosas sin consecuencia y sin monumentos públicos, y cosas encadenadas y revestidas por todas partes, de publicidad. Lo he dicho y no juzgo necesario repetirlo.

¿Es mas feliz el doctor Strauss en lo que constituye el fondo de su obra, es decir en la censura de los innumerables yerros y contradicciones de nuestros evangelistas? No lo creo. He leído esa obra con atencion y trabajo, y ved aquí lo que yo hacia. Despues de haber estudiado un párrafo, siempre muy largo, (y tiene ciento cuarenta y nueve distribuidos en cuatro volúmenes,) cerraba el libro para restablecerme un poco de la fatiga y de una especie de sobresalto involuntario que me causaba la abundancia de erudicion. En seguida, abriendo el Evangelio, que besaba respetuosamente, leía los textos que habian sido objeto de la discusion, para ver si, por solo las luces de una literatura comun y sin el socorro de ningun comentador, lograba desatar el nudo de la dificultad. Pues

bien, exceptuando tres ó cuatro pasages, nunca he necesitado mas de diez minutos para disipar el hechizo de una ciencia vana, y sonreirme dentro de mí mismo, de la impotencia á que Dios condena al error. No puedo, Señores, presentar á vuestra vista toda esa multitud de textos estropeados por el racionalismo; me limitaré á dos ejemplos tomados á la ventura.

Teniendo que referir San Lucas el nacimiento de Jesucristo en Belen, fuera de su hogar doméstico, se espresa en estos términos: *Y acaeció en aquellos días, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Syria.* El doctor Strauss, despues de haber sentado, muy científicamente desde luego, que el empadronamiento no era posible, abre las antigüedades de Flavio Josefo, y hace ver con un texto formal que Cyrino no habia gobernado la Syria sino diez años despues del nacimiento de Jesucristo. Juzgad ahora del triunfo. Sabeis lo que se necesita para resolver la dificultad? Pensais acaso que será necesario modificar una palabra, una letra? no, nada menos que esto. Todos vosotros conoceis el valor de un acento en la lengua griega; cambiad pues un acento, y ved cual será el sentido del evangelista: *Y acaeció en aquellos días, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. Este es el mismo primer empadronamiento que fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Syria.* Es decir que habiendo sido dada la orden para el empadronamiento del imperio romano, y habiéndose comenzado á poner esta orden en ejecucion, no fué sin embargo realizada, sino diez años mas tarde, en tiempo del Gobernador Cyrino. Y si el historiador sagrado hace mencion de Cyrino, es precisamente para imprimir un caracter auténtico á su declaracion; porque si se hubiera contentado con decir: *Salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo,* se le habria podido objetar que el empadronamiento no se habia efectuado en el momento del nacimiento de Cris-

to. Previene pues la objecion diciendo: *Este es el mismo primer empadronamiento que fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Syria.*

He aquí otro ejemplo. Se dice, hablando de la resurreccion de Nuestro Señor, que las santas mugeres fueron al sepulcro, segun San Marcos, despues de haber salido el Sol, y segun San Juan, cuando las tinieblas reinaban todavia. El doctor Strauss nota esta contradiccion entre otras muchas que pretende descubrir en lo relativo á la resurreccion, y no deja de sacar partido de ella. Pero que es lo que se necesita para resolver esta terrible dificultad? Basta comprender que cuando se comienza un viage muy de mañana, es posible partir con las tinieblas y llegar con luz.

Os aseguro, Señores, que con excepcion de un número muy corto de pasages, ninguno me ha causado un embarazo mas sério. De suerte, que despues de haberseme caido frecuentemente el libro de las manos por displicencia, las manos se me cayeron tambien al pensar lo que es esa ciencia, la ciencia alemana, esa ciencia á cuyo nombre se dirigen soberbios desafios á los predicadores y escritores católicos de Francia, diciéndoles: Vosotros hablais de Cristo y del Evangelio, vosotros los citais! mas á esta hora, necios, la Alemania ha destruido á Cristo y al Evangelio; ella los ha examinado atentamente á la luz de la crítica, y todo eso no es mas que una sombra, un sueño, un mythos.

Dejemos ese triunfo al orgullo, y nosotros, hijos del buen sentido, examinemos porqué la historia de Jesucristo se presta á ser atacada en los términos que acabo de indicar. Si la Providencia hubiera querido, Jesucristo no tendria mas que un solo historiador, que llevando de un extremo á otro el hilo de su vida con claridad cronológica, habria puesto cada parte en su verdadero lugar, y el todo al abrigo de la mas ligera discusion. Mas la Providencia no lo ha querido. Ella deseaba que el Evangelio fuera obra de muchos hombres diferentes en edad, en carácter, en estilo, en el modo de ver

las cosas, y que ninguno reuniese bajo su pluma todos los materiales de la vida de Cristo, sino solo simples fragmentos cuya eleccion misma fuese arbitraria. El pensamiento de Dios en esto, era hacer de la biografía de su hijo un milagro de verdad tan convincente, que el ojo mas vulgar puede discernir, y que no se encuentra en la vida de ningun otro hombre sea el que fuere. En efecto, desde la primera ojeada, la variedad de los evangelistas es sorprendente, no solo por el frontispicio que presenta nombres diversos, sino por el reflejo de su natuaaleza personal en cada uno de los Evangelios. Se ve, se siente que San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, son almas diferentes, y que grava cada uno por su parte la figura de su maestro muy amado, sin inquietarse en lo mas mínimo por lo que hace su vecino, ni aun por lo que exige la serie de la cronología. De aquí una eleccion arbitraria de fragmentos, una falta de enlace, contradicciones aparentes, por menores omitidos en este y referidos en aquel, una multitud de variedades de que no se da razon alguna. Esto es verdad. Y no obstante, en los cuatro evangelistas es una misma la representacion de Cristo, en los cuatro hay la misma sublimidad, la misma ternura, la misma fuerza, la misma palabra, el mismo acento, la misma singularidad suprema de fisonomía. Abrid á San Mateo, el publicano, ó á San Juan, el jóven virgen y contemplativo: escoged la frase que os parezca en uno y en otro, tan diferente por la expresion como por la materia, y pronunciadla delante de diez mil hombres reunidos, todos levantarán la cabeza, ellos han reconocido á Jesucristo. Y cuanto mas se muestre el desacuerdo exterior de los evangelistas, tanto mas el acuerdo interior que hace resaltar la unidad moral de Cristo, será una prueba de su fidelidad. Si representan unánimemente tan bien la figura inimitable de Jesucristo, es porque está delante de ellos; lo ven tal como fué y tal que no han podido olvidarlo. Lo ven con sus sentidos, con su corazon, con la exactitud de un amor llevado hasta dar su sangre; son aun tiempo testigos,

pintores y mártires. Esta actitud de Dios delante del hombre no es vista mas que una vez, y por este motivo solo hay un Evangelio aunque haya cuatro evangelistas.

Ademas que alma es insensible al Evangelio? que alma no olvida un dia la ciencia á los piés de Jesucristo pintado por sus apóstoles? Escuchad, por último, las palabras de un escritor frances, que nos consolarán de la amargura causada por los furores de una ciencia que el Evangelio no ha desarmado. Ellas son de un hombre cuyo juicio sobre Jesucristo os he citado ya, y espresan en una lengua clara y fácil la impresion que deja, asi en el profano como en el creyente, la lectura del Evangelio. »Dirémos que la historia del Evangelio es inventada con desigño? Mi amigo, no se inventa de esa manera, y los hechos de Sócrates de que nadie duda, son ménos constantes que los de Jesucristo. Esto es en sustancia eludir la dificultad sin resolverla; es mas inconcebible que muchos hombres puestos de acuerdo hayan formado ese libro, que el que uno solo haya suministrado los materiales. Nunca autores judíos habrian encontrado ese tono ni esa moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe.»

He aquí la lengua francesa y el ingenio frances. Y por esto no debeis sorprenderos de volver á Jesucristo despues de haberlo dejado. La claridad de nuestra inteligencia nacional sostiene en vosotros la luz de la gracia, y os hace atravesar como gigantes esos abismos herizados de ciencia, pero de una ciencia que envilece á nuestra alma. Sed fieles á esos dones que os llevan hácia Dios; juzgad del poder de Jesucristo por los esfuerzos tan contradictorios y tan vanos de sus adversarios, y permitidme que os traiga á la memoria, al acabar, un rasgo célebre que pinta ese poder, y cuya elocuente profecía han confirmado quince siglos.

Cuando el emperadar Juliano luchaba con el cristianismo por esa guerra de astucia y de violencia que lleva su nombre, y que ausente del imperio habia ido á buscar en las batallas

la sancion de un poder y de una popularidad que debian, en su concepto, consumir la ruina de Jesucristo, uno de sus amigos, el retórico Libanio, encontrando á un cristiano, le pregunta por irrision y con todo el insulto de un éxito efectivo, lo que hacia el Galileo; el cristiano responde: Hace un ataud. Algun tiempo despues, Libanio pronunciaba la oracion fúnebre de Juliano delante de su cuerpo exánime y acardenalado. Lo que hacia entonces el Galileo, Señores, hace siempre, cualesquiera que sean las armas y el orgullo que se opongan á su cruz. Seria largo referir todos los famosos ejemplos que hay sobre esto; pero tenemos algunos que nos tocan de cerca, y por los cuales Jesucristo, en la estremidad de los tiempos, nos ha hecho ver la nada de sus enemigos. Así, cuando Voltaire se frotaba de gusto las manos, hácia el fin de su vida, diciendo á sus prosélitos: «Dentro de veinte años, Dios verá un buen juego;» el Galileo hacia un ataud: el ataud de la monarquía francesa. Asi tambien, cuando un poder de otro orden, aunque descendiente del de aquel en cierto grado, tenia al soberano Pontífice en un cautiverio que presagiaba la caída, á lo menos temporal, del Vicario de Jesucristo, el Galileo hacia un ataud: el ataud de Santa Elena. Y hoy dia, mirando la Alemania agitada por las convulsiones de una ciencia que ya no reconoce límites, y cuyo lamentable trabajo acabais de ver, podemos decir con tanta certidumbre como esperanza: El Galileo hace un ataud, y este es el ataud del racionalismo. Y vosotros todos, hijos de este siglo, mal instruidos por las miserias de los errores pasados y que buskais fuera de Jesucristo el camino, la verdad y la vida, sabed que el Galileo hace un ataud para vosotros, y este es el ataud de todas vuestras mas queridas concepciones. Siempre será lo mismo, no haciendo nunca el Galileo mas que dos cosas: vivir con su propia personalidad, despues, sea con la sangre, sea con el olvido, sea con la afrenta, poner en la tumba todo lo que no es él.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA CUARTA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ESPLICAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Son vanos los esfuerzos que el racionalismo ha hecho para aniquilar y para desnaturalizar la vida de Jesucristo. Jesucristo está en pie, el poder de la historia lo protege y lo sostiene contra todos esos ataques. Por tanto ha sido necesario que el racionalismo intentase el supremo y último esfuerzo, á fin de esplicar á lo menos esa vida que no habia podido ni destruir ni desacreditar. Los católicos esplicamos la vida de Cristo, esplicamos el éxito que ha obtenido, el mas grande de todos, la formacion en los entendimientos de la certidumbre racional de la fé, la formacion en el alma de la santidad por la humildad, la castidad y la caridad, la formacion en el mundo de la Sociedad espiritual, única, universal y perpetua, esplicamos esto con una sola palabra: Jesucristo es hijo de Dios. Pero si no se explica así, si se supone que Jesucristo es hombre puramente, es indispensable dar la razon de un triunfo tan maravilloso cual ha sido el suyo. Ahora bien, como fuera del poder de Dios no hay mas que el poder del hombre, si Jesucristo no ha obrado por el poder de Dios, resta que haya obrado por el poder del hombre. Mas siendo el poder del hombre manifiestamente inferior en sus resultados á lo que ha hecho Jesucristo, se sigue que es preciso buscar en el hombre cierto principio de poder que, en casos raros, puede mostrarse de una vez, y esplicar lo que ha sido y lo que ha hecho el Cristo.